



## CAPÍTULO XX

### EL INCENDIO DE ROMA

No había más remedio que pedir al placer un olvido indispensable del crimen. Parece imposible, pero está por la historia testificado: el emperador, que á todo se atrevía en sus criminales delirios, tras cualquier atentado, caía sin poderlo remediar en acerbísimos remordimientos. Se le aparecían á cada paso las sombras de sus capitales víctimas é imaginaba que le dirigían sus vengativos ojos amenazándole y persiguiéndole. Tras la muerte de Agripina huía del propio ser á los accesos del remordimiento acosador. Enamoróse primero perdidamente de Acté, llevado por la repugnancia invencible á Octavia; y enamoróse luego de Popea, como antes de Acté, cuando, muerta Octavia, necesitaba el infeliz anegarse de suyo en inspiraciones del amor para olvidarse de crímenes sugeridos por el amor también. A veces cometía las mayores maldades poseído de triste borrachera. Borracho estaba cuando mató á Popea. Volvía, muy entrada la noche, de una carrera de carros y se detuvo en las cuadras. Allí trincó de lo lindo durante la noche toda con atletas y titiriteros y caballistas y chalanés, sin acordarse, no ya de ir á la cámara nupcial, de noticiar dónde se hallaba. Popea, muy celosa del amor y muy recelosa del poder de su marido, pasó la noche aquella de abandono en lamentos, y cuando le vió entrar de regreso, tras desesperaciones sin medida ni número, dióle con su dejadez y con su desidia y con sus distracciones en rostro. Nerón se propuso no hacerle caso; Popea, creyéndose menospreciada por él, amén de mal querida, le soltó un dardo que debió llegarle hasta

lo más hondo y recóndito del corazón; díjole que nunca Othón la trató en su vida matrimonial como la trataba él. Dióle, según hemos dicho, un fuerte puntapié, y la mató. Cuando la vió muerta parecía su cuerpo más cadáver que el cadáver mismo de Popea, por lo rígido, lo inerte, lo helado que se hallaba. Y en cuanto, á una de las reacciones frequentísimas en los nerviosos, recobró el movimiento de sus músculos y la conciencia de su espíritu, cayó en un dolor tan intenso y lloró con llanto tan copioso, que apareció el crimen obra, antes que de su perversión, de su demencia. No pudiendo hacer por Popea ya cosa ninguna, magüer los recursos y las riquezas que le daba su cargo, luego de la cremación romana que disolvía los cuerpos, la embalsamó al modo egipcio, conservándola, siquiera fuera en forma de momia, junto á sí, y pronunció en elogio suyo cuantas arengas le sugiriera su abundantísima fantasía, y le quemó ante los restos más esencias, aromas, perfumes que podía prestar el suelo de Arabia, pareciendo la Ciudad Eterna como un pebetero inmenso que á muy largas distancias olía maravillosamente. No tuvo, pues, Nerón la conciencia tan encallecida como indicaban las perpetraciones frecuentes de crímenes innumerables. Pero lo que creía con toda firmeza, lo que anunciaba con toda exactitud, lo que puede asegurarse formaba la esencialísima base de su vida era el empeño de ahogar los remordimientos, una mitad en los espectáculos que presenciaba ó que daba y otra mitad en las orgías y en los placeres, tras los cuales el hartazgo y la embriaguez y el hastío mismo le convidaban á una con algún reposo, ya en el olvido, ya en el sueño. Cuanto mayor número de muertes ordenaba y cumplía, mayor número de reconvencciones le soltaba su conciencia; y cuanto mayor número de reconvencciones le soltaba su conciencia, más corría en busca del placer para desoir las en el embotamiento de sus sentidos y despreciarlas en el embotamiento de su conciencia. Así, cuando más desesperado parecía el cuitado á tantas adversidades como le asaltaban y á tantas víctimas como le circulaban, mayor era su afán por las fiestas ruidosas, por los placeres orgiásticos, por los desenfrenos colectivos, por todo aquello que no solamente significa su perversión propia y personal, sino la perversión colectiva de unas muchedumbres incapacitadas de subir á las cumbres del derecho y de respirar

el oxígeno de la libertad en tanto que durmieran y roncaran en la pocilga de sus borracheras y de sus hartazgos.

Así ningún espectáculo tan repugnante como la orgía que celebrara en el estanque Agripa, buscando y requiriendo una diversión á sus pensamientos y un recreo á su ánimo embargado por tristísimos recuerdos, por sombríos presagios, por acerbidades y dolores intensos. Veamos tal orgía. Este amplio estanque tomaba el aire y el aspecto y las proporciones y la forma de un verdadero lago. Entre los espacios en que ahora se levanta el Panteón y las ruinas del teatro de Pompeyo, bordeando el Campo de Marte, extendíase la inmensa laguna de Agripa que alimentaban acueductos venidos de los montes Sabinos, los cuales aportaban á su lecho ríos verdaderos y caudalosos. Aquel teatro no era en realidad otra cosa que un escenario abierto á la ostentación de todos los placeres y al alardeo de todos los vicios. Cuantos cubículos allí se habían levantado, otros tantos indicaban las varias maneras de rendir culto á Venus hasta en monstruosidades apenas comprensibles y que parecían como soñadas entre alucinaciones eróticas. Cuanto las tierras más apartadas producen de carnes y frutas, cuanto los mares menos conocidos guardan de peces y sus especies varias, cuantos aromas exhalan las concentradas savias de corolas y árboles, otro tanto se veía en aquel inmenso festín dado á la multitud por quien creía imposible gobernarla como no le tuviera sumida en el sueño de todas las corrupciones juntas y en el lodazal de todos los vicios imaginables. Nadie diría que las gentes aquellas pertenecían á la familia romana, inscrita de antiguo al combate y cambiando de continuo el arado por la espada, ó la espada por el arado; en las perlas y en las pomadas que se veían por sus cabellos; en las túnicas de gasa que ceñidas con purpúreos cinturones se pegaban al cuerpo; en los collares que se ajustaban á sus cuellos y los brazaletes que á sus puños y antebrazos se enroscaban; en los mullidos cojines sobre que se tendían y en los pebetes que aromaban los aires, tomaríanseles por sátrapas ó por cortesanos de Asia. El emperador no se había contentado con que los patricios expusieran sus personas en el teatro á la vista del pueblo; quería que las patricias enseñaran lo más recatado y oculto de su cuerpo, como viles prostitutas, al pueblo. No le satisfacía el

haber arrastrado á los hombres por los escenarios y por los circos y por los anfiteatros; quería exponer á las mujeres en públicas mancebías. Durante toda la tarde fué aquello una inmensa feria. Pero en cuanto se avecinó la noche, fué un inmenso escándalo. Para que vencieran hasta el pudor nativo y no callaran el vicio entre las sombras, iluminaron la orgía con guirnaldas de luminarias que desafiaban la luz diurna. Para que sobreexcitasen los sentidos, una música voluptuosa sonaba en todas direcciones, como enardeciendo la sangre y como irritando las carnes. Los bailes y pantomimas indecentes sucedían á las canciones voluptuosas. Como se juntaban allí todos los productos, se juntaban todos los vicios. Las bestias tienen más recato en sus ajuntamientos que los infames y serviles romanos del imperio. Nerón quiso que aquéllas fuesen las saturnales del amor carnal, juntándose las esclavas con los patricios é identificándose todas las clases y todas las jerarquías y todas las estirpes y todas las dignidades en aquella prostitución universal. Nerón fué marido de cuantas mujeres le consintieron sus fuerzas y llegó en abominaciones adonde jamás podrá llegar ni la imaginación más pervertida. Roma fué, pues, una inmensa mancebía.

Exhausto Nerón y maltrecho encaminóse á célebre lugar, Anzio, con objeto de reposar un poco en recatado retiro. Allí respiraba puros aires y curtía su desmayado y maltrecho animal organismo. No pensaba en volver, cuando le sorprendió una de las mayores catástrofes inscritas en los anales de la humanidad, el incendio de Roma. Era el trece de julio, año sesenta y cuatro del siglo primero en la historia moderna. Recordaban los fastos latinos en tal día el asalto de los galos á la Ciudad Eterna, la entrada en su recinto violentísima y el incendio á toda ella pegado con secular horror; cuatro siglos y medio se cumplían en aquellas terribles horas de tan espantable catástrofe. Según lo primero que ardió en Roma, diríase prendido el incendio por un rayo de la cólera divina. El Circo Máximo, el terrible lugar de las mayores abominaciones, se consumió como yesca. El cielo que sobre sus gradas se extendía coloróse como de roja púrpura y osciló el terreno aquel como al sacudimiento de un terremoto. No parecía un incendio artificial y de ocasión, semejaba á las erupciones y á los estallidos de un terreno volcánico en tormentosa combustión. Como alrededor de cada

centro, cual el circo, se situaban tabernas y tenduchos, por viejas tablas compuestos y llenos de muchos combustibles, el fuego tuvo en aquellos ingredientes y muebles un alimento tal que corrían por las calles ríos encendidos y tronaban por los aires verdaderas nubes de humo relampagueante. El viento soplaba de tal suerte que parecían haberlo soltado para dar intensidad mayor á las llamas infernales. Desde los materiales acumulados para las representaciones ó los juegos, hasta las tabernas henchidas con vino para el pueblo, se quemaron, en términos de parecerse á un mar incandescente todo el valle denominado Murtia, de una inmensa extensión. Las colinas más habitadas parecíanse á colosales brasas. Pasaban por los aires tales siniestras ráfagas que las crearían trombas de aerolitos, fraguas del fuego central como las horrorosas del Etna, ejércitos de cometas en batalla que se dirigían de un lado á otro y chocaban chisporroteando en todas direcciones. Como una marea de lavas recién expelidas montaban en oleajes sin fin aquellas combustiones sin término, de una intensidad tan grande que calcinaban el granito y derretían el suelo como un crisol gigantesco donde los átomos de polvo tenían el color ardiente del rojo cereza. Por el Foro diríase que pasaba un huracán, según los pedazos y fragmentos dispersos de sus columnas tronchadas y de sus mármoles enrojecidos como el hierro candente bajo los martillos y sobre los yunques. Viendo la furia con que atacaba los arcos triunfales, caídos á sus asaltos como las copas de los árboles tronchados por el ciclón, diríase que, dotado de alma y de sentimiento, destruía la vieja Roma histórica. En el más populoso de los barrios, en la vieja Suburra, murieron las gentes quemadas de tal suerte que hasta los esqueletos desaparecieron en aquella vorágine y se disiparon las cenizas en el aire. Siete días con siete noches Roma estuvo en aquella hoguera inacabable, sin que persona ninguna se atreviese á llevarle socorro, atajando una calamidad que parecía caída del cielo sobre la tierra como una lluvia de brasas despedidas desde las alturas y como una erupción de lavas en torbellinos que vomitaran los abismos. A pesar de los muchos jardines que había en el centro de los barrios más populosos y que se hubiera creído detendrían y aislarían el fuego, los árboles más verdes se consumían como leña viejísima y las praderas más floridas quedaban desoladas bajo el rescoldo

y semejantes á piedras de encendidos hornos. Los dispersos se refugiaban en los templos, asiéndose á las imágenes y efigies, como los náufragos á las tablas de sus naves rotas contra los escollos, azotados por la tormenta. ¡Cómo lloraban los pobres niños que veían llegar hasta sus carnicitas sonrosadas y frescas las furiosas llamas, amenazándolas en guisa de serpientes! ¡Cómo, desde los techos altísimos, gritaban las pobres mujeres, que se habían subido allí en busca de aire y de luz, cuando todo bamboleaba en trepidaciones que hacían estremecer con el aire y con el suelo sus propios corazones y entrañas! Aquí se asfixiaban unos cayendo al suelo como al latigazo de un rayo. Allí otros se retorcían en convulsiones tremendas. Más lejos corrían muchos en pos de la salvación, y todos quedaban muertos después de agonías en que pasaban por sufrimientos superiores á toda ponderación; agonías infernales, de tal modo extraordinarias que parecieran inverosímiles é imposibles si no se experimentaran y sufrieran en aquel terrible pavoroso momento. A tal horror se había perdido todo freno; y las gentes perversas, que pululan en todas las grandes poblaciones, dándose al saco y al homicidio, como si no hubiese bastantes muertes entre aquellos montones de cadáveres que aparecían borrosos en los espacios de la Ciudad Eterna. El ladrón de naturaleza y de costumbre saqueaba los hogares, y el asesino de profesión inmolaba los habitantes. Esgrimían el puñal en las entrañas de sus amos los siervos maltratados. Y no había piedad en nadie, porque los indiferentes procuraban su propia salvación y salud tan sólo, mientras los malvados hundían en aquellos abismos de fuego á los más, por odio á la humanidad ó por el placer de la venganza. No parecía, no, aquello la destrucción de una ciudad; parecía la destrucción de un mundo. Diríase que se había desprendido el sol de su esfera; que se había trocado el agua en plomo derretido; que todo el aire y todo el ambiente se disipaba como una espesísima humareda; que los cuerpos se deshacían en pedazos de aerolitos; que la tierra toda se había convertido en ígnea y se abismaba como una pavesa gigante allá en el abismo de lo infinito y de lo eterno.

Los más bellos edificios desaparecieron. Aquellos pórticos de Octavia, bajo cuya sombra se refugiaba el pueblo, huyendo al calor diurno y buscando la frescura indispensable á las zonas meridio-

nales; aquel teatro de Pompeyo en que habían representado actores idos de Grecia las mejores obras antiguas; aquellos templos de Juno y Júpiter fabricados en mármol blanco y con sus columnas de granito rosa veteadas por verdes líneas; los hemiciclos amplios en que campeaban los trofeos ganados por el pueblo-rey en batallas tan formidables y en victorias tan gloriosas; el ara vieja é histórica donde Rómulo consagrara las primeras ofrendas al Júpiter Stator que presentaba su rayo en el puño; la casa de Vesta, sita entre el monte Palatino y el Capitolio, rodeada de árboles en cuyas ramas pendían las cabelleras de sus vírgenes y con su archivo y con su santuario en los cuales se guardaban los timbres y los títulos de la vieja majestad romana, se desplomaron llevándose consigo las estatuas más bellas, los cuadros más deslumbradores, los simulacros más respetables, los restos más históricos, las reliquias más religiosas y más consagradas del viejo mundo romano, que había dominado la tierra y sido como el cerebro de la Humanidad. Y lo peor del caso era que, al revés de todos los incendios conocidos, en lugar de volar á extinguirlo gentes de socorro y auxilio, salían á exacerbarlo, viéndoselos alucinados y ennegrecidos, con un puñal en el cinto y con su tea en la mano, cual monstruos que hubieran abortado de las profundidades más hondas del Averno, soplando sobre las llamas y avivándolas más y más con sus soplos. Así, quienes veían á aquellas turbas en tropel, maullando como tigres y rugiendo como leones, medio abrasadas por el fuego y muy ennegrecidas por el humo, en vertiginosas carreras y con estruendo semejante al resuello de las fraguas y al hervor del incendio, todos decían que únicamente había podido el mal en persona, el mal que lo vicia todo, el mal que todo lo afea, el mal que gangrena la creación y envía sus vapores, así al cielo como al espíritu, soltar aquellas gentes exterminadoras, añadiendo los horrores del crimen á los horrores del incendio. Así no se paraban delante de ningún escrúpulo para imputar á Nerón aquel incendio, movido, según las malas lenguas, por dos resortes de su voluntad: por el resorte de su perversidad natural y por el resorte de su temperamento estético. Incendiaba, según las supersticiones allí más esparcidas, Nerón por incendiar; y después de incendiar, gozábese con el espectáculo trágico presentado por las llamas, subiendo á las alturas y por las

moles desplomándose en lo profundo, que le hacían recordar la Troya cantada por Homero y por Virgilio. Pero si tan artista era, ¿cómo explicar que dejara perecer los cuadros más bellos y las estatuas más armoniosas del antiguo mundo heleno? ¿Cómo comprender el menosprecio á despojos maravillosísimos de todo el viejo continente congregados en la Roma imperial? Roma, ciudad esencialmente sintética, se aparecía, no tan sólo por sus leyes y por sus instituciones, como un resumen del viejo mundo, por las copiosas riquezas artísticas allí aglomeradas. Como había caído en su poder Jerusalén, cabeza de la semítica raza; como la destronada Tiro, aunque mal repuesta de sus desgracias, le había entregado la vieja Fenicia; como se llamaban tributarias suyas las islas en que naciera la escultura europea; como Atenas había pasado á la sombra de su solio, y con ella el talismán de todas las inspiraciones; cual desde las estatuas de Tebas á los esfinges de Babilonia y á las ruinas de Cartago, todo se había reunido allí en tal manera que Roma compendiaba en su Pomerium y recinto los hombres todos, cual en su Panteón los dioses; perecían bajo la pesadumbre de aquella catástrofe verdaderamente apocalíptica las más bellas obras de la humana imaginación que podían adornar con más espléndidos ornatos el planeta nuestro y recrear á un artista, enamorado sensualmente de la hermosura, pero enamorado hasta la exaltación de una demencia. Lo que había era una preocupación general respecto de la terminación del mundo, que temían muchas personas en aquel angustioso estado de la humanidad; pues mientras los estoicos adoraban la imagen de Catón en Utica por símbolo de un suicidio consolador; y los judíos aguardaban el héroe que debía vengarles con sus combates mesiánicos de Roma, abrasándola en una especie de cósmico incendio; y los cristianos escribían un Apocalipsis dentro de sus Catacumbas, en el cual habían de apagarse los rayos de las estrellas y encogerse como un pergamino puesto al fuego el cielo, ardía Roma bajo el más malvado César que habían visto las edades, confirmando lo enorme de la catástrofe aquel siniestro y luctuoso concierto de fúnebres y apocalípticas profecías.

Así no debe maravillarnos que haya la posteridad unánimemente atribuído á Nerón el incendio de Roma, cuya primer noticia recibida en el retiro de Anzio, le sobrecogió con verdadero espanto, y

cuya vista y presencia le llevó á los delirios artísticos de antiguo connaturales con su índole y su complexión conocidas. Lo que pasó en esta ocasión, cual en tantas otras de su vida, provino de la consabida manía, por cuya virtud y obra imaginaba escenas dramáticas las escenas reales de su vida é historia. Cuando vió el espectáculo, tan terrible por lo devastador y tan bello á la vista, lejos de levantarse la conciencia moral en él, buscando la responsabilidad efectiva de aquellos que hubieran podido promoverlo por maldad nativa propia ó por odio reconcentrado á Roma, se despertó el sentimiento estético tan sólo, no viendo sino el aspecto hermoso y externo en el lado trágico, lo puramente aparatoso y teatral. Con la cabeza henchida de fábulas, con el corazón aspirando á lo imposible, con la fantasía sobreexcitada por un amor desordenado á la gloria personal en artes y letras, con los nervios descompuestos por no regirlos derechamente un cerebro trastornado de nacimiento con el vértigo de las alturas y el requerimiento continuo de las emociones, cuya índole poco le importaba, con tal que le sacudieran haciéndolo estremecer y soñar; el cuitadísimo vió en aquella desgracia reproducido el último instante de Troya, y no pensó en otro ningún resultado de cuanto veía sino en los aspectos trágico-épicas del suceso, viendo salir en sus alucinaciones de allí, junto con el coro de artistas y poetas que fijaran en las tablas con sus pinceles y en los mármoles con sus buriles y en las letras con sus estilos aquel horror, las sombras que luego llenaron de lamentos el espacio y vivieron, por sus dolores inmortales que recogieran los trágicos, siglos y siglos en el corazón y en el cerebro de nuestra humanidad. El suelo estremecido, las piedras calcinadas, lleno de nubes y de humaredas el aire, revoloteando por las alturas en trombas y espirales el fuego que ardía cada vez más y relampagueaba y tronaba como una tormenta de veras, desatados arroyos y ríos de lavas como en las erupciones del Etna, cuando todo aquello se reflejaba en la retina de Nerón y trascendía luego al cerebro, evocaban cuantas obras literarias á ese respecto vivían en el mundo y cuantos mitos y genios inventara la fértil imaginación helena, tan ducha en personificar y poner de relieve todos los grandes fenómenos, así de la sociedad como de la naturaleza, de todo el universo. Los gigantes desmedidos, que tocan en las nubes con sus

frentes; los cíclopes, armados de sus martillos, que machacan el hierro en sus yunques; los titanes amontonando montañas sobre montañas, las cuales ascienden por las alturas como fuertes sobrepuertos y escalan el cielo mismo; esos encélados del Etna, sobre cuyas espaldas gravitan los mundos; esos monstruosos polifemos cargados con sus férreas mazas; los mil abortos del abismo que pululan en todas direcciones por las llamaradas de los volcanes hoy mismo centelleantes en las orillas del Mediterráneo, aparecieron entre los rojos celajes de aquel colosal incendio, cuyos hervores y llamaradas parecían un gigantesco volcán destruyendo y abrasando la Ciudad Eterna. No mucho, pues, no mucho, si la tradición presenta en sus continuas transmisiones orales ó escritas al emperador vestido con el traje rozagante de Apolo Musejetas, al hombro la clámide, á los pies las sandalias de perlas, en la frente su verde laurel, en las manos su áurea cítara, los ojos errantes por el cielo y la voz despedida con brío de la vibrante laringe, cantando el incendio de Troya, como en el teatro, por aquellos espectáculos en que le acompañaban sus patricios y le aplaudían sus augustales, sin acordarse para nada de que perecían los mejores legados artísticos de lo antiguo y los mejores súbditos y conciudadanos mejores en aquel incendio de Roma. Podrá ser mentira ó podrá ser verdad este arrebato: á creerlo todo de Nerón autorizan sus demencias; pero es lo cierto que ha pasado así á las edades y que todos lo vemos todavía mientras Roma perece, y los romanos se queman como en un horno, y se tornan cenizas los simulacros y las reliquias que ornaban aquellos fastos eternos, quien á título de dueño todo lo poseía y dominaba, convirtiendo tal calamidad inmensa en un inmenso teatro, y tocando la cítara, que seguía y acompañaba con sus cadenciosos arpegios la épica y voluptuosa canción.

En vano corrió Nerón á Roma desde su retiro; en vano juntó los auxilios y los auxiliares que pudo para contra la calamidad arremeter; en vano abrió las puertas de sus jardines al pueblo sobreviviente y necesitadísimo; en vano extrajo de las poblaciones circunvecinas cuantos víveres pudiesen alimentar á los hambrientos y vestir á los desnudos: la conciencia pública y la historia eterna jamás lo perdonaron, y creyéndolo capaz de perpetrar tal crimen, diéronlo por consumado y le imputaron á una su espantosa ejecu-

ción. Se había quemado el palacio de pasaje que daba desde su Palatino al ninfeo de Claudio; pues lo había quemado él, según la pública opinión, recién construido, para darse la satisfacción del renuevo de su reconstrucción y restablecimiento. En su delirio por los confidentes y los aduladores, había nombrado prefecto del Pretorio á su adorado Tigelino; y como, entre los muchos edificios que ardieran, desapareció todo el barrio Emiliano, que servía de habitación á su favorito, hallaron en esto motivo nuevo para imputarle horror tan extraordinario, y creyeron que había pegado fuego á toda la ciudad sin más objeto que aquistarse los solares de unos embarazosos almacenes donde se acumulaban las provisiones pretorianas. Lo cierto es que todos juran haber visto sicarios ambulantes con antorcha en mano prendiendo fuego á los más venerables edificios y echando mechas á sus tejados para que ardiesen á una con mayor facilidad y estruendo. Es lo cierto que Nerón anduvo entre las víctimas, entre los escombros, entre las llamas, solo y sin guardias, corriendo por todas partes y en todas direcciones cual un verdadero loco. Y no dicen las historias que nadie le hubiera dirigido el menor insulto ni asestado el menor golpe. Y cuenta que hubo quien se dementó al grande horror; quien mató á sus deudos por piedad antes de que los matara el fuego con sus voracidades; quien se arrojó á las llamas de pena y demencia para no ver cómo desaparecía la Ciudad Eterna con todas sus grandezas y todas sus reliquias: cosa tan triste como si desapareciera la tierra misma bajo nuestros pies y se apagara el sol en lo infinito. Pero si todo esto resulta de los comprobantes guardados en las historias, no puede, no, desconocerse que, á medida que iban pasando los tiempos y reconstruyendo Nerón á su guisa Roma, iba creciendo la idea de que su genio artístico, así como su afán por las emociones intensas y hondas, habíanle arrastrado á incendiar la Ciudad Eterna, tan sólo por el placer de renovarla y de rehacerla. Por esta causa no debe maravillarnos que le haya dicho un gran historiador cómo había levantado sus palacios babilónicos sobre las ruinas de su ciudad. Y nadie le salva de tal imputación, que ha pasado á los siglos, quienes han castigado en el César, no tanto aquel horroroso hecho, como la capacidad personal, primero de idearlo y luego de cometerlo. Invocó á Proserpina para que saliese del infierno á dar testimonio de su inocen-

cia; adoró á Ceres que ha representado siempre con su corona de áureas espigas la germinación universal y por ende la inmortalidad; hizo lo posible para el aplacamiento de Vulcano, á cuyas iras y venganzas se atribuyeron aquellas plagas y desastres; mandó las matronas en procesión litúrgica desde los templos romanos á las riberas marinas, y no pudo borrar de su frente maldita la terrible inculpación de haber incendiado á Roma. Veinte siglos van corridos desde tal catástrofe; y á pesar de haberse tantas exculpaciones publicado y aun apologías de Nerón, á ninguna le cupo la suerte de redimirle del tal horrible crimen; como incendiario de Roma pasó á la posteridad, para eterno castigo é infamia también eterna.

Para quitarse tal mancha creyó el emperador que debía perseguir y castigar á los culpados, con lo cual imaginábase que desaparecería cualquier sombra de recelo y sospecha. No pudo dar tras los republicanos, que componían aún en Roma formidable partido; no pudo dar tras los estoicos, que se parapetaban en el poder todavía subsistente de Séneca; no pudo dar tras los patricios y los plebeyos, pues hubiese aumentado al horror de sus males el horror de sus castigos. La soga se rompió por lo más delgado. Nerón encontró los incendiarios de Roma en los discípulos de Cristo. Por esos presentimientos innatos al genio, ningún romano de alta inteligencia y grande corazón podía desconocer que los cristianos eran los apercebidos en el plan providencial de los acontecimientos humanos á transmutar la sociedad antigua en moderna, y por lo mismo á perder esta última en todo cuanto para ella tenía de santo y perdurable. Así acusaron á una al pueblo cristiano de incendiario. Nerón los oyó. Y para demostrar que no había cometido el crimen de incendiar á Roma, ideó y perpetró un crimen mayor. Convidó en la colina vaticana, donde se dilataban sus más hermosos jardines, á una fiesta nocturna, en la cual servirían de antorchas al festín y á la orgía los cuerpos de aquellos cristianos tan aborrecidos, todos cubiertos de pez y quemados con estas horribles vestiduras parecidas á togas de fuego ardiendo. Imaginaos el dolor material de aquellos infelices abrasados dentro de resinas muy combustibles y muy vivaces para divertir al tirano del oprimido pueblo que á sí mismo se llamaba el pueblo-rey. Mientras aquellos mártires, culpados de querer purificar una sociedad perversa y deca-

dente, se retorcían de dolor y se agitaban en terribles convulsiones, dando siniestros alaridos, á los cuales subseguía el estertor de sus espantosas agonías y el estridente grito de la suprema exhalación del postrimer suspiro, iluminando con las llamas alimentadas por el jugo de sus cuerpos las hermosas estatuas clásicas y las grutas por pintadas flores, que debían aparecer como si las tiñesen reflejos rojos de sangre abrasada é hirviente, Nerón iba precedido de una procesión religiosa, por aquellas hileras de patibulos y braseros, entre las cadencias de sinfonías acompañando á exaltados himnos, con las gitanas egipcias y las bailarinas andaluzas castañeteando sus crótalos y urdiendo sus danzas, subseguido por magos sirios que hacían sortilegios y por bacantes ebrias que celebraban el amor sensual, medio desnudo, sobre carro de marfil, del cual tiraban hermosas jóvenes disfrazadas de marinas sirenas y en torno del cual quemaban otras jóvenes hermosas, disfrazadas de náyades campestres, tal cantidad de incienso en cazoletas áureas que formaban espesa nube litúrgica en torno de Nerón y le prestaban aspectos y formas de un verdadero dios. Pero, ¡ah!, no: el Dios era, no un déspota, sino un esclavo; no un vivo, sino un muerto; no un omnipotente, sino un mártir; no quien sabía matar, sino quien sabía morir; y lejos de predicar el crimen y la venganza, levantando los ojos al cielo desde la cruz el patíbulo de los esclavos, á la hora de su mejor afrenta y amargura, intercedía con su Eterno Padre por los que mataban, dejando ese modelo de perfección absoluta vivo en el mundo para que se realizasen todos los ideales de justicia y se formara la nueva humanidad en el crisol de un amor tan enajenado é intenso por los demás, aun á riesgo de uno mismo y holocausto y sacrificio, que debería llamarse caridad, en la cual se consumían todas las escorias y de la cual se levantaba un espíritu tal que había de obrar un milagro tan grande como el que aquellos mismos hombres, devorados en el horrible tormento neroniano que ideara la omnipotencia cesarista, se habían de sobreponer á todo, y subiendo en alas de sus oraciones al mismo Capitolio donde los atormentaban, habían de dar á Roma la eternidad que no pudieron recabarle antes ni sus tribunos y césares, cuya omnipotencia material tuvo que ceder á la omnipotencia de una idea.



## CAPITULO XXI

### MÁS EXCESOS Y MÁS DELIRIOS

Las construcciones colosales, que subsiguieron al incendio de Roma, confirmaron el público rumor y la pública sospecha de que Nerón había quemado la capital con ánimo únicamente de restablecerla y restaurarla. El áureo palacio, levantado sobre las ruinas aún calientes, como llamaron á su hogar, aurea casa ¡oh!, argüía una demencia de verdadero déspota, como la célebre de aquellos del Oriente á quienes flagelaran el teatro griego y la Biblia hebrea. No eran los jardines adscritos al santuario del tirano aquel jardines, eran verdaderos campos, capaces de sustentar una población entera, pues no cuentan en sus espacios con términos tan dilatados de cultivo y menos de recreo las mayores ciudades. Praderas con grande horizonte, sensible, por interminables, junto á selvas incultas y espesísimas; bosques muy apañados al modo griego junto á cañaverales; donde las enredaderas y lianas parecían crecer á su grado; pajareras en que discurrían pintadas, canoras, inocentes aves, al lado de jaulas, que hacían estremecer los zarpazos y los rugidos de brutos carniceros; estanques de aguas marinas, por las cuales varios monstruos oceánicos saltaban en todas direcciones, no lejos de canales, por cuyas dulces argénteas corrientes gallar-